

taba por guardian del gato había dado fuego á los cohetes y abierto el agujero, que como vió arder, salió dando aullidos y truenos, brincos y saltos, y como estaba enseñado á saltar en la ventana, quiso escaparse por ella, y sin tener respeto á don Marcos, que estaba sentado en la silla, pasó por encima de su cabeza, abrasándole de camino las barbas y cabellos y parte de la cara, y dió consigo en la calle, con cuyo suceso, pareciéndole que no había visto un diablo, sino todos los del infierno, dando muy grandes gritos, se dejó caer desmayado en el suelo sin tener lugar de oír una voz que se dió en aquel punto, que dijo: En Granada los hallarás. A los gritos de don Marcos y aullidos del gato, viéndole dar bramidos y saltos por la calle, respecto de estarse abrasando, acudió gente, y entre ellos la justicia; y llamando, entraron, y hallaron á Marcela y su amante procurando á fuerza de agua volver en sí al desmayado, lo cual fué imposible hasta la mañana. Informóse del caso el alguacil, y no satisfaciéndose, aunque le dijeron el enredo, echaron sobre la cama del encantador á don Marcos, que parecía muerto, y dejando con él y Marcela dos guardas, llevaron á la cárcel al embustero y su criado, que hallaron en la despensilla, dejándolos con un par de grillos á cada uno á título de hombre muerto en su casa. Dieron á la mañana noticia á los señores alcaldes de este caso, los cuales mandaron salir á visita los dos presos, y que fuesen á ver si el hombre había vuelto en sí, ó si había muerto. A este tiempo don Marcos había vuelto en sí, y sabia de Marcela el estado de sus cosas, y se confirmaba el hombre mas cobarde del mundo. Llevóles el alguacil á la sala, y preguntado por los señores de este caso, dijo la verdad, conforme lo que sabia, trayendo al juicio el suceso de su casamiento, y cómo aquella moza le había traído á aquella casa, donde le dijo que sabia los que llevaban su hacienda dónde los hallaría, y que él no sabia mas, sino que despues de largos conjuros que aquel hombre había hecho leyendo en un libro que tenia, había salido por un agujero un demonio tan feo y tan horrible, que no había bastado su ánimo á escuchar lo que decía entre dientes y los grandes aullidos que iba dando; y que no solo esto, mas que había embestido con él y puéstole como veían; mas que él no sabia qué se hizo, porque se le cubrió el corazon, sin volver en sí hasta la mañana. Admirados estaban los alcaldes, hasta que el encantador los desencantó contándoles el caso como se ha dicho, confirmando lo mismo el mozo y Marcela y gato que trajeron de la calle, donde esta-

ba abrasado y muerto; y trayendo tambien dos ó tres libros que en su casa tenia, dijeron á don Marcos conociéndose cuál de ellos era el de los conjuros. El tomó el mismo, y le dió á los señores alcaldes, y abierto vieron que era el de *Amadis de Gaula*, que por lo viejo y letras antiguas había pasado por libro de encantos; con lo que enterados del caso, fué tanta la risa de todos, que en gran espacio no se sosegó la sala, estando don Marcos tan corrido, que quiso matar al encantador, y luego hacer lo mismo de sí, y mas cuando los alcaldes le dijeron que no se creyese de ligero ni se dejase engañar á cada paso. Y así, los enviaron á todos con Dios, saliendo tal el miserable, que no parecia el que antes era, sino un loco. Fuése á casa de su amo, donde halló un cartero que le buscaba con una carta, que abierta, vió que decía de esta manera:

«A don Marcos Miseria, salud. Hombre que por ahorrar no come, hurtando á su cuerpo el sustento necesario, y por solo interés se casa, sin mas informacion que si hay hacienda, bien merece el castigo que usted tiene y el que le espera andando el tiempo. Vuesa merced, señor, no comiendo sino como hasta aquí, ni tratando con mas ventaja que siempre hizo á sus criados, y como ya sabe, la media libra de vaca, un cuarto de pan y otros dos de racion al que sirve y limpia la estrecha vasija en que hace sus necesidades, vuelva á jubtar otros seis mil ducados, y luego me avise, que vendré de mil amores á hacer con usted vida maridable; que bien lo merece marido tan aprovechado.»

»DOÑA ISIDORA VENGANZA.»

Fué tanta la pasión que don Marcos recibió, que le dió una calentura, que en pocos dias le acabó los suyos miserablemente. A doña Isidora, estando en Barcelona aguardando galeras en qué embarcarse para Nápoles, una noche don Agustín y su Inés la dejaron durmiendo, y con los seis mil ducados de don Marcos y todo lo demás que tenia se embarcaron, y llegados que fueron á Nápoles, él asentó plaza de soldado, y la hermosa Inés puesta en paños mayores se hizo dama cortesana, sustentando con este oficio en galas y regalos á su don Agustín. Doña Isidora se volvió á Madrid, donde, renunciando el moño y las galas, anda pidiendo limosna, la cual me contó mas por entero esta maravilla, y me determiné á escribirla, para que vean los miserables el fin que tuvo este, y viéndolo, no hagan lo mismo, escarmentando en cabeza ajena.

## LA FUERZA DEL AMOR,

POR DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

En Nápoles, insigne y famosa ciudad de Italia por su riqueza, hermosura y agradable sitio, nobles ciudadanos y gallardos edificios, coronados de jardines y adornados de cristalinas fuentes, hermosas damas y gallardos caballeros, nació Laura, peregrino y nuevo milagro de naturaleza, tanto, que entre las mas gallardas y hermosas fué tenida por celestial extremo; pues habiendo escogido los curiosos ojos de la ciudad entre todas ellas once, y de estas once tres, fué Laura de las once una, y de las tres una. Fué tercera en el nacer, pues gozó del mundo despues de haber nacido en él dos hermanos tan nobles y virtuosos como ella hermosa. Murió su madre del parto de Laura, quedando su padre por gobierno y amparo de los tres gallardos hijos, que si bien sin madre, la discrecion del padre suplió medianamente esta falta. Era don Antonio, que este es el nombre de su padre, del linaje y apellido de Carrafa, deudo de los duques de Nochera, y señor de Piedrablanca. Criáronse don Alejandro, don Carlos y Laura con la grandeza y cuidado que su estado pedia, poniendo su noble padre en esto el cuidado que requeria su estado y riqueza, enseñando á los hijos en las buenas costumbres y ejercicios que dos caballeros y una tan hermosa dama merecian, viviendo la bella Laura con el recato y honestidad que á mujer tan rica y principal era justo, siendo los ojos de su padre y hermanos alabanza de la ciudad. Quien mas se señalaba en querer á Laura era don Carlos, el menor de los hermanos, que la amaba tan tierno, que se olvidaba de sí por quererla; y no era mucho, que las gracias de Laura obligaban, no solo á los que tan cercano deudo tenian con ella, mas á los que mas apartados estaban de su vista. No hacia falta su madre para su recogimiento, demás de ser su padre y hermanos vigilantes guardas de su hermosura; y quien mas cuidadosamente velaba á esta señora eran sus honestos pensamientos, si bien cuando llegó á la edad de discrecion no pudo negar su compañía á las principales señoras, sus deudas, para que Laura pagase á la desdicha lo que debe la hermosura. Es costumbre en Nápoles ir las doncellas á los saraos y festines que en los palacios del virey y casas particulares se hacen, aunque en algunas tierras de Italia no lo aprueban por acertado, pues en las mas de ellas se les niega ir á misa, sin que basten á derogar esta ley que

N-II,

ha puesto en ellas la costumbre las penas que los ministros eclesiásticos y seglares les imponen. Salió, en fin, Laura á ver y ser vista, tan acompañada de hermosura como de honestidad, aunque á acordarse de Diana no se fiara de su recato. Fueron sus bellos ojos basiliscos de las almas, su gallardía monstruo de las vidas, y su riqueza y nobles prendas cebo de los deseos de mil gallardos y nobles mancebos de la ciudad, pretendiendo por medio de casamiento gozar de tanta hermosura.

Entre los que pretendian servir á Laura se aventajó don Diego de Piñatelo, de la noble casa de los duques de Monteleon, caballero rico y galán. Vió, en fin, á Laura, y rindióle el alma con tal fuerza, que casi no la acompañaba sino solo por no desamparar la vida; tal es la hermosura mirada en ocasion; túvola don Diego en un festin que se hacia en casa de un príncipe de los de aquella ciudad, no solo para verla, sino para amarla, y despues de amarla darla á entender su amor tan grande en aquel punto como si hubiera mil años que la amaba. Usase en Nápoles llevar á los festines un maestro de ceremonias, el cual saca á danzar á las damas, y las da al caballero que le parece. Valióse don Diego en esta ocasion del que en el festin asistia; ¿quién duda que seria á costa de dinero? pues apenas calentó con él las manos al maestro, cuando vió en las suyas las de la bella Laura el tiempo que duró el danzar una gallarda; mas no le sirvió de mas que de arderser con aquella nieve, pues apenas se atrevió á decir: Señora, yo os adoro, cuando la hermosa dama, fingiendo justo impedimento, le dejó y se volvió á su asiento, dando que sospechar á los que miraban, y que sentir á don Diego, el cual quedó tan triste como desesperado, pues en lo que quedaba del dia no mereció que Laura le favoreciese siquiera con los ojos. Llegó la noche, que don Diego pasó revolviendo mil pensamientos, ya animando con la esperanza, ya desesperando con el temor, mientras la hermosa Laura, tan ajena de sí cuanto propia de su cuidado, llevando en la vista la gallarda gentileza de don Diego, y en la memoria el yo os adoro que le había oido, ya se determinaba á querer, y ya pidiéndose estrecha cuenta de su libertad y perdida opinion, como si en solo amar se hiciese yerro, arrepentida se reprendia á sí misma, pareciéndole que ponía en condicion, si amaba, la obligacion

36

de su estado, y si aborrecía, se obligaba al mismo peligro. Con estos pensamientos y cuidados empezó á negarse á sí misma el gusto, y á la gente de su casa la conversacion, deseando ocasiones para ver la causa de su descuido; y dejando pasar los dias, al parecer de don Diego, con tanto descuido, que no se ocupaba en otra cosa sino en dar quejas contra el desden de la enamorada señora, la cual no le daba, aunque lo estaba, mas favores que los de su vista, y esto tan al descuido y con tanto desden, que no tenia lugar ni aun para poderle decir su pena, porque aunque la suya la pudiera obligar á dejarse pretender, el cuidado con que la encubria era tan grande, que á sus mas queridas criadas guardaba el secreto de su amor. Sucedió que una noche, de las muchas que á don Diego le amanecía á las puertas de Laura, viendo que no le daban lugar para decir su pasion, trajo á la calle un criado, que con un instrumento fuese tercero de ella, por ser su dulce y agradable voz de las buenas de la ciudad, procurando declarar en un romance su amor y los celos que le daba un caballero muy querido de los hermanos de Laura, y que por este respeto entraba á menudo en su casa. En fin, el músico, despues de haber templado, cantó el romance siguiente:

Si el dueño que elegiste,	Que es amigo piadoso
Allivo pensamiento,	Siempre agradecimiento;
Reconoce obligado	Tambien preso le miras
Otro dichoso dueño,	En ese ángel soberbio,
¿Por qué te andas perdido,	¿Cómo podía ayudarte
Sus pisadas siguiendo,	En tu amoroso intento?
Sus acciones notando,	Pues si de sus cuidados,
Su vista pretendiendo?	Que tuvieras por premio,
¿De qué sirve que pidas	Si su dueño dijera:
Ni su favor al cielo,	De ti lástima tengo.
Ni al amor imposibles,	Mira tu dueño, y miras
Ni al tiempo sus efectos?	Sin amor á tu dueño,
¿Por qué á los celos llamas,	¿Y aun este desengaño
Si sabes que los celos	No te muda el intento?
En favor de lo amado	A Tántalo parecen,
Imposibles han hecho?	Que el cristal lisonjero
Si á tu dueño deseas	Casi en los labios mira;
Ver ausente, eres necio,	Y nunca llega á ellos.
Que por matar, matarte,	¿Ay Dios, si mereciera
No es pensamiento cuerdo.	Por tanto sentimiento
Si á la discordia pides	Algun fingido engaño,
Que haga lance en su pecho,	Por tu muerte temo!
Bien ves que á los disgustos	Fueran de purgatorio
Los gustos vienen ciertos.	Tus penas, pero veo
Si dices á los ojos	Que son sin esperanza
Digan su sentimiento,	Las penas del infierno.
Ya ves que alcanzan poco,	Mas si eleccion hiciste,
Aunque mas miren tiernos.	Morir es buen remedio,
Si quien pudiera darte,	Que volver las espaldas
En tus males remedio,	Será cobarde de hecho.

Escuchando estaba Laura la música desde el principio de ella por una menuda celosía, y determinó á volver por su opinion, viendo que la perdía, en que don Diego por sospechas, como en sus versos mostraba, se la quitaba; y así, lo que el amor no pudo hacer, hizo este temor de perder su crédito, y aunque batallando su vergüenza con su amor, se resolvió á volver por sí, como lo hizo, pues abriendo la ventana, le dijo: Milagro fuera, señor don Diego, que siendo amante no fuerais celoso, pues jamás se halló amor sin celos; mas son los que teneis tan falsos, que me han obligado á lo que jamás pensé; porque siento mucho ver mi fama en

lenguas de la poesia y en las cuerdas de esa laud, y lo que peor es, en boca de ese músico, que siendo criado, será fuerza ser enemigo; yo no os olvido por nadie, que si alguno en el mundo ha merecido mis cuidados, sois vos, y seréis el que me habeis de merecer, si por ellos aventurase la vida. Disculpe vuestro amor mi desenvoltura y el verme ultrajar mi atrevimiento, y tenedle desde hoy para llamarnos mio, que yo me tengo por dichosa en ser vuestra. Y creedme que no dijera esto si la noche con su oscuro manto no me excusara la vergüenza y colores que tengo en decir estas verdades. Pidiendo licencia á su turbacion, el mas alegre de la tierra quiso responder y agradecer á Laura el enamorado don Diego, cuando sintió abrir las puertas de la propia casa y saltearle tan brevemente dos espadas, que á no estar prevenido y sacar tambien el criado la suya, pudiera ser que no le dieran lugar para llevar sus deseos amorosos adelante. Laura, que vió el suceso y conoció á sus dos hermanos, temerosa de ser sentida, cerró la ventana, y se retiró á su aposento acostándose, mas por disimular que por desear de reposo. Fué el caso que como don Alejandro y don Carlos oyesen la música, se levantaron á toda prisa, y salieron, como he dicho, con las espadas desnudas en las manos, las cuales fueron, si no mas valientes que las de don Diego y su criado, á lo menos mas dichosas, pues siendo herido de la pendencia, hubo de retirarse, quejándose de su desdicha, aunque mejor fuera llamarla ventura, pues fué fuerza que supiesen sus padres la causa, y viendo lo que su hijo granjeaba con tan noble casamiento, sabiendo que era este su deseo, pusieron terceros que lo tratasen con el padre de Laura. Y cuando pensó la hermosa Laura que las enemistades serian causa de eternas discordias, se halló esposa de don Diego. ¿Quién viera este dichoso suceso y considerara el amor de don Diego, sus lágrimas, sus quejas y los ardientes deseos de su corazón, que no tuviese á Laura por muy dichosa? Quién duda que dirán los que tienen en esperanzas sus pensamientos: ¡Oh quién fuera tan venturoso que mis cosas tuvieran tan dichoso fin como el de esta noble dama! y mas las mujeres que no miran en mas inconvenientes que su gusto? Y de la misma suerte, ¿quién verá á don Diego gozar en Laura un asombro de hermosura, un extremo de riqueza, un colmo de entendimiento y un milagro de amor, que no diga que no crió otro mas dichoso el cielo? Pues por lo menos siendo las partes iguales, ¿no es fácil de creer que este amor habia de ser eterno? Y lo fuera, si Laura no fuera como hermosa desdichada, y don Diego como hombre mutable; pues á él no le sirvió el amor contra el olvido, ni la nobleza contra el apetito, ni á ella la valió la riqueza contra la desgracia, la hermosura contra el remedio, la discrecion contra el desden, ni el amor contra la ingratitud, bienes que en esta edad cuestan mucho, y se estiman en poco. Fué el caso que don Diego, antes que amase á Laura, habia empleado sus cuidados en Nise, gallarda dama de Nápoles, si no de lo mejor de ella, por lo menos no era de lo peor, ni tan falta de bie-

nes de naturaleza y fortuna, que no la diese muy levantados pensamientos, mas de lo que su calidad merecía, pues los tuvo de ser mujer de don Diego; y á este título le habia dado todos los favores que pudo y él quiso; pues como los primeros dias y aun meses de casado se descuidase de Nise, que todo cansa á los hombres, procuró con las veras posibles saber la causa, y dióse en eso tal modo en saberla, que no faltó quien se lo dijo todo; demás que como la boda habia sido pública, y don Diego no pensaba ser su marido, no se recató de nada. Sintió Nise con grandísimo extremo ver casado á don Diego; mas al fin era mujer y con amor, que siempre olvida agravios, aunque sea á costa de opinion. Procuró gozar de don Diego, ya que no como marido, á lo menos como amante, pareciéndole no poder vivir sin él; y para conseguir su propósito solicitó con palabras y obligó con lágrimas á que don Diego volviese á su casa, que fué la perdición de Laura, porque Nise supo con tantos regalos enamorarle de nuevo, que ya empezó Laura á ser enfadosa como propia, cansada como celosa, y olvidada como aborrecida; porque don Diego amante, don Diego solícito, don Diego porfiado, y finalmente, don Diego que decia á los principios ser el mas dichoso del mundo, no solo negó todo esto, mas se negó á sí mismo lo que se debía; pues los hombres que desprecian tan á las claras están dando alas al agravio; y llegando un hombre á esto, cerca está de perder el honor. Empezó á ser ingrato, faltando á la cama y mesa; y no sintiendo los pesares que daba á su esposa, desdeñó sus favores, y la despreció diciendo libertades, pues es mas cordura negar lo que se hace que decir lo que no se piensa. Pues como Laura veia tantas novedades en su esposo, empezó con lágrimas á mostrar sus pesares, y con palabras á sentir sus desprecios, y en dándose una mujer por sentida de los desconciertos de su marido, dése por perdida, pues como era fuerza decir su sentimiento, daba causa á don Diego para, no solo tratar mal de palabras, mas á poner las manos en ella. Solo por cumplimiento iba á su casa la vez que iba; tanto la aborrecía y desestimaba, pues le era el verla mas penoso que la muerte. Quiso Laura saber la causa de estas cosas, y no faltó quien le dió larga cuenta de ellas. Lo que remedió Laura fué el sentir las mas, viéndolas sin remedio, pues no le hay si el amor se trueca. Lo que ganó en darse por entendida de las libertades de don Diego fué darle ocasion para perder mas la vergüenza, é irse mas desenfadadamente tras sus deseos, que no tiene mas recato el vicioso que hasta que es su vicio público. Vió Laura á Nise en una iglesia, y con lágrimas la pidió desistiese de su pretension, pues con ella no aventuraba mas que perder la honra y ser causa de que ella pasase mala vida. Nise, rematada de todo punto, como mujer que ya no estimaba su fama ni temia caer en mas baja que en la que estaba, respondió á Laura tan desabridamente, que con lo mismo que pensó la pobre dama remediar su mal y obligarla, con eso la dejó mas sin remedio y mas resuelta á seguir su amor con mas publicdad. Per-

dió de todo punto el respeto á Dios y al mundo, y si hasta allí con recato enviaba á don Diego papeles, regalos y otras cosas, ya sin él ella y sus criados le buscaban, siendo estas libertades para Laura nuevos tormentos y firmísimas pasiones, pues ya veia en su desventura menos remedio que primero, con lo que pasaba sin esperanzas la mas desconsolada vida que decirse puede. Tenia celos; ¡qué milagro! como si dijésemos rabiosa enfermedad. Notaban su padre y hermanos su tristeza y deslucimiento, y viendo la perdida hermosura de Laura, vinieron á rastrear lo que pasaba y los malos pasos en que andaba don Diego, y tuvieron sobre el caso muchas rencillas y disgustos, hasta llegar á pesadumbres declaradas. De esta suerte andaba Laura algunos dias, siendo mientras mas pasaban mayores las libertades de su marido, y menos su paciencia. Como no siempre se pueden llorar desdichas, quiso una noche que la tenían desvelada sus cuidados y la tardanza de don Diego, cantando divertirlas, y no dudando que estaria don Diego en los brazos de Nise, tomó una arpa, en que las señoras italianas son muy diestras, y unas veces llorando, y otras cantando, disimulando el nombre de don Diego con el de Albano, cantó así:

¿Por qué, tirano Albano,	Oid atentamente,
Si á Nise reverencias,	Nevadas y altas peñas,
Y á su hermosura ofreces	Y vuestros ecos claros
De tu amor las finezas;	Me sirvan de respuesta.
¿Por qué de sus ojos	Escuchad, bellas aves,
Está tu alma presa,	Y con harpadas lenguas
Y á los troyos su cara	Ayudareis mis celos
Es imagen bella;	Con dulces cantinelas.
¿Por qué si en sus cabellos	Mi Albano adora á Nise,
La voluntad enredas,	Y á mi penar me deja;
Y ella á ti agradecida	Estas si son pasiones,
Con voluntad te premia;	Y aquestas si son penas.
¿Por qué si de su boca,	Su hermosura divina
Caja de hermosas perlas,	Amoroso celebra,
Gustos de amor escuchas,	Y por celos adora
Con que tu gusto anmentas;	Papeles de su letra.
¿A mí, que por quererte	¿Qué dirás, Ariadna,
Padezco inmensas penas,	Que lloras y lamentas
Con deslealtad y engaños	De tu amante desvios,
Me pagas mis finezas?	Simrazones y ausencias?
Y ya que me fingiste	Y tú, atigido Feleico,
Amorosas ternezas,	Aunque tus carnes veas
Dejárame vivir	Con tal rigor comidas
En mi engaño siquiera.	Por el águila fiera;
¿No ves que no es razon	Y si, atado al Cáucaso,
Acertada ni cuerda	Padeces, no lo sientas,
Despertar á quien duerme,	Que mayor es mi daño,
Y mas cuando pena?	Mas fuertes mis sospechas.
¿Ay de mi desdichada!	Desdichado Ixion,
¿Qué remedio me queda	No sientas de la rueda
Para que el alma mia	El penoso ruido,
A este su cuerpo vuelva?	Porque mis penas sientas.
¿Dame el alma, tirano,	Tántalo, que á las aguas,
Mas ¡ay! no me la vuelvas,	Sin que gustarlas puedas,
Que mas vale que el cuerpo	Llegas, y no alcanzas,
Por esta causa muera.	Pues huyen si te acercas;
Mal haya, amen, mil veces,	Vuestras penas son pocas,
Cielo tirano, aquella	Aunque mas se encarezcan;
Que en prisiones de amor	Pues no hay dolor que valga,
Prender su alma deja.	Sino que celos sean.
Lloremos, ojos mios,	Ingrato, plegue al cielo
Tantas lágrimas tiernas,	Que con celos te veas
Que del profundo mar	Rabiando como rabio,
Se cubran las arenas.	Y que cual yo padezcas.
Y al son de aquestos celos	Y está enemiga mia
Instrumentos de quejas,	Tantos te dé, que seas
Cantaremos llorando	Ur Midas de cuidados,
Lastimosas endechas.	Como él de las riquezas,